

# ***Hermanos en Armas***

---

**Paul Langan  
&  
Ben Alirez**

*Editor de la Serie: Paul Langan*



**TOWNSEND PRESS**

## Los libros del la serie Bluford

<i>Lost and Found</i>	<i>The Fallen</i>
<i>A Matter of Trust</i>	<i>Shattered</i>
<i>Secrets in the Shadows</i>	<i>Search for Safety</i>
<i>Someone to Love Me</i>	<i>No Way Out</i>
<i>The Bully</i>	<i>Schooled</i>
<i>The Gun</i>	<i>Breaking Point</i>
<i>Until We Meet Again</i>	<i>The Test</i>
<i>Blood Is Thicker</i>	<i>Pretty Ugly</i>
<i>Brothers in Arms</i>	<i>Promises to Keep</i>
<i>Summer of Secrets</i>	<i>Survivor</i>

Copyright © 2014 by Townsend Press, Inc.  
Printed in the United States of America

9 8 7 6 5 4 3 2 1

Cover illustration © 2011 by Gerald Purnell  
All rights reserved. Any **one** chapter  
of this book may be reproduced without  
the written permission of the publisher.  
For permission to reproduce more than  
one chapter, send requests to:

**Townsend Press, Inc.**  
**439 Kelley Drive**  
**West Berlin, NJ 08091**

**[permissions@townsendpress.com](mailto:permissions@townsendpress.com)**

ISBN-13: 978-1-59194-422-5

Library of Congress Control Number:  
2013935839

## **Capítulo 1**

Estoy parado frente a la Escuela Secundaria Bluford, con sangre en mis codos, y un tajo en mi cabeza. Siento mis costillas rotas. La escuela está llena de gente, y voy con tres horas de retraso.

Quisiera poder faltar clases otra vez.

La Señorita Spencer, la directora de nuestra escuela, seguro que me cacha si entro ahorita. Ya los otros maestros le han dicho bastante de mí, Martín Luna, el chamaco peligroso que viene del barrio, y que antes estaba en la Secundaria Zamora. La última vez que estuve en su oficina, ella sólo se quedaba viéndome, observándome con ojos que brillaban como faros de policía.

“¿Cuál es el problema entre tú y Steve Morris?” me preguntó.

“Pos’ nada”, dije yo. Aunque le odio al chamaco, no soy soplón.

Ella se cruzó de brazos y suspiró, mirándome todavía como si yo fuera algún tipo de acertijo. Me di cuenta que ella estaba perdiendo la paciencia. No la puedo culpar. No es fácil bregar conmigo. Y aún así, yo también le clavé la mirada hasta que se vio forzada a mirar para otro lado. No se me puede intimidar con la mirada. A mí me ha golpeado gente que te asustaría ver en la calle. No le corro a nadie, ni a los directores, ni a los chamacos como Steve Morris que me buscan bronca. Eso es parte de mi problema.

Pero yo me fui corriendo esta mañana. Me eché a correr como las cucarachas del sótano de nuestro viejo departamento cuando les prendes la luz. Años antes, mi hermano y yo las perseguíamos hasta que se metieran en las sombras, aunque Huero nunca las aplastaba como yo. El siempre fue un buen muchacho. Me hace tanta falta.

Yo no le estaba corriendo a un chamaco. Ni le corrí a la policía, ni a una pandilla. Era más que eso, y tampoco sé si correr me servirá de algo. Y lo único que tengo ahorita es esta escuela que

no sabe qué va a hacer conmigo, y las palabras que mi profesor de Inglés, el Sr. Mitchell, me dijo ayer.

“Martín, tú tienes talento, y tienes un futuro prometedor. No lo echés a perder. Cuando sientas que las cosas se te están yendo de las manos, cuando te sientas que estás hundiendo, habla conmigo. Yo estoy aquí para ayudarte. Y lo digo de corazón”.

Me encogí de hombros al oír sus palabras. Pero ahora espero que sea cierto lo que dijo porque estoy que me lleva quien me trajo. Metido en un rollo pero bien grueso. Me di cuenta esta mañana, pero esto ha estado pasando por meses. Años, más bien. Ahora tengo que decidir.

Miro al guardia de seguridad echándome el ojo. Está hablando con alguien por radio. La Sra. Spencer ya viene para acá. Ya la amolé.

¿Y ahora que hago?

Todo esto empezó el 10 de julio. Me acuerdo exactamente de lo que pasó porque todavía sueño con eso mismo. A veces me despierto en medio de la noche bañado en sudor, con mi corazón brincando contra mis costillas. Nunca se me va a olvidar.

Mis cuatro cuates y yo estábamos pasándola en el callejón detrás de la casa de mi carnal Frankie. Estábamos viendo cómo él enceraba su Pontiac LeMans del 72. Con aros cromados, y tan azul como el océano, el carro era la niña bonita de Frankie. Si le preguntas, él te diría que lo trataba mejor que si fuera una persona. Y era verdad.

Nos estábamos cocinando bajo el sol del sur de California. El pavimento estaba tan caliente que casi derretía la suela de nuestros zapatos. Pero teníamos la música del carro. Y Chago, uno de los vatos, tenía una caja de cervezas. No me gustaba beberla porque vi lo que hizo con mi padre, y lo que él hacía cuando estaba borracho, pero Chago era otra cosa. A él le encantaba su cerveza, pero nunca perdía el control, así que todo era en buena onda.

No mas estábamos ahí en buena vibra, hablando de carros y viejas, cuando Frankie nos miró a mí y a Chago.

“Carnales, me quiero conseguir una güisa. Creo que estoy pasando demasiado tiempo con ustedes, pelados”, dijo Frankie.

Nos reímos. Frankie Pacheco era el más duro de nuestro grupo. Y al que

más le gustaba armar bronca. Se decían muchas cosas acerca de lo que Frankie había hecho, pero él nunca hablaba de eso a menos que estuviera borracho, y entonces no se le podía escuchar. Una cicatriz en su lado derecho marcaba donde alguien le había metido una puñalada el verano pasado. Yo estaba ahí, apoyándolo. Yo vi a Frankie patear en el estómago y la cara al chamaco que tenía el cuchillo. Frankie sabía cómo cuidarse. Él tenía diecinueve años; era tres años mayor que yo. Tal vez otras gentes hayan tenido broncas con él. Pero para nosotros, él era como de la familia.

“Estás soñando, ése”, le decía jugando mientras le lanzaba un puño suavemente. “¿Alguna vez te viste en el espejo?”

Junie pegó una carcajada tan dura que casi escupe la cerveza sobre el carro de Frankie. Él siempre se estaba riendo de todo.

Frankie me devolvió un puño que casi me roza el hombro. Los dos siempre peleábamos de a mentiras. Aunque ninguno de los dos decía nada, yo creo que sabíamos que en el fondo había algo más serio.

“Ey, Martín”, dijo Jesús, otro de los cuates. Se estaba fumando un cigarrillo. Eso lo hacía apestar igual que mi padre. “Tengo a Huero a las 11:00”.

Me volteé justo a tiempo para poder ver a una pequeña silueta agachada detrás de un contenedor verde de basura del tamaño de una camioneta pick-up. Era Huero, mi hermano de ocho años. El nombre de pila de Huero era Eric. Huero era sólo su apodo. Le pusimos así desde chico porque su piel era más pálida que la mía y la de mi mamá.

“¿Ya está de vuelta?” Frankie preguntó, meneando la cabeza y bajando los puños. A Frankie no le gustaban muchas cosas, y menos los chamaquitos. “No conozco a nadie que adore a alguien tanto como ese hermanito tuyo te adora a ti”.

Era cierto. Huero tenía la maña de andar detrás de mí, no importa a dónde fuera o lo que estuviera haciendo. Eso me tenía cansado, y trataba de desalentarlo para que no lo hiciera. Digo, ¿cómo se puede bregar con alguien que te admira como, bueno, como el hermano mayor que eres?

Yo no siempre sabía cómo bregar



con él, pero no lo quería cerca, especialmente cuando estábamos bebiendo o chequeando a las chavas. Se siente medio gacho cuando tienes a tu hermanito ahí y al mismo tiempo estás tratando de que una chava te dé su número de teléfono. Y no lo quería cerca del alcohol ni de los cigarrillos. Ya él lo entendería en algunos años, pensaba yo. Pero me equivoqué.

“Asegúrate de cuidar bien a tu hermano”, me dijo mi mamá, temprano ese mismo día. La mayoría de las veces, yo hacía eso mismo pero alejándolo de mí, inventando cuentos para hacer que se fuera. Lo que fuera, y así tener más tiempo para poder pasarla con la raza.

“¡Huero!” le grité, alejándome del *lowrider* de Frankie. “¡Sal de ahí!”

Huero salió de detrás del contenedor un segundo más tarde, empujando su rechinante y maltratada bicicleta. Él llevaba esa bicicleta a todos lados.

“¿Qué te dije acerca de andar detrás de mí?”

“Lo siento, Marty”, tartamudeó. “Yo sólo”.

“¿Tú sólo qué?” le pregunté, empujándole con la punta del dedo. “Tú sabes que no deberías estar aquí”.

Con ojos de borrego, miró a los chicos y me ignoró. “Hola, chicos, tengo goma de mascar. Puedo compartirla con ustedes”.

Chago y Frankie me miraban y meneando la cabeza voltearon la mirada avergonzados.

“¡Vete a casa, Huero, *ahora!*” le ordené.

Mi hermano entonces me clavó la mirada. Aunque sólo por un segundo, pero fue tiempo suficiente para ver su decepción. Todo lo que el chamaco quería era estar conmigo, y yo lo estaba mandando a que se fuera.

“OK, Marty”, dijo en tono de derrota. “Te miro más tarde entonces, ¿OK?”

“Sí, sí,” dije asintiendo con la cabeza, y con sentimiento de culpa por haberlo corrido. No podía estar enojado con Huero por mucho tiempo. Y no importaba lo mal que lo tratara, simplemente volvía otra vez a mí con esa mirada. El chico me miraba como si yo fuera un superhéroe o algo así. Yo. Él era demasiado chico para ver la realidad.

Me quedé mirándolo por un segundo mientras comenzaba a irse pedaleando, y luego me di vuelta. “¡Vatos! ¿Les dije lo que él dijo esta mañana?” les pregunté.

“¿Qué dijo?”

“Huero dijo que quiere ser como yo cuando sea grande. ¿Pueden creer eso?” La idea me pareció una tontería entonces. Ahora me hace sentir culpable.

Todos nos reímos, pero luego oímos a Huero gritando en la distancia.

*“¡Marty!”*

Me volteé a verlo, y él venía pedaleando hacia a mí tan rápido como podía.

A media cuadra detrás de él, un sedán blanco venía a toda velocidad por el callejón hacia nosotros. Algo sobresalía de la ventana. Algo que relucía en la luz brillante del sol.

“Cuidado, Marty”, gritó Huero. Mi hermanito menor estaba tratando de protegerme.

El carro venía hacia nosotros, tenía vidrios ahumados, así que no pude ver bien para adentro. Huero estaba pedaleando rápido, pero el carro iba más rápido. Le grité para que se quitara del camino, pero no corrió a esconderse. Él pudo haberse escondido detrás del contenedor de basura, o pudo haberse tirado a un lado de la calle. Pero en vez de eso, Huero seguía viniendo hacia mí, con sus grandes ojos cafés muy abiertos y sin pestañear mientras pedaleaba, la

bicicleta chillaba como un campo lleno de chapulines.

Chago, Jesús, y Frankie corrieron a esconderse detrás del *lowrider*. Podía oír sus zapatos raspando el concreto.

“¡Abajo, vatos!” gritó Frankie.

Entonces se oyeron los disparos.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Sonaron recio, como petardos, pero el olor era diferente, más agudo, como el olor de cerillos quemándose. Del tipo que te quema por dentro la nariz.

Huero me alcanzó, y saltó de su bicicleta a mis brazos al mismo tiempo que el carro se aproximaba. No tuve tiempo para pensar. Yo sólo lo agarré y me volteé para que mi cuerpo cubriera el suyo como si fuera un escudo.

Sonaron más disparos. Una bala pasó silbando cerca de mi oreja. Otro dio en la acera y rebotó rápidamente hacia la ventana de algún lado. Todavía en sueños puedo oír cuando se quebró el vidrio. Entonces, súbitamente, la balacera se detuvo. Mirando para atrás sobre el hombro, vi el carro dar vuelta a la esquina, con las ruedas chillando como si fuera alguna clase de demonio.

“Ya se fueron, vato”, dijo Frankie. Él salió de detrás del LeMans.

Mi corazón estaba a punto de salirse por la boca. Yo había oído disparos y había visto una tienda después de una balacera. Pero nunca me habían disparado antes. Respiré profundamente, cuando ya estaba seguro de que se habían ido.

“Ya pasó, Huero”, dije. Mi hermanito parecía que estaba durmiendo. Yo casi que no quería molestarlo. “¿Huero?” repetí.

Los cuates vinieron corriendo a donde yo estaba mientras que yo seguía de rodillas.

“Vamos hermanito, despierta. ¿Qué te pasa?” Metí mi brazo por debajo de él para sentarlo, y sentí algo húmedo en la mano. Era tibio, como agua de la bañera, pero se le salía de detrás de la cabeza.

“Martín, parece que no está respirando”, dijo el Chago en voz baja. El tono de su voz me alarmó porque Chago nunca hablaba así.

“¡Oh, no!” dijo Junie.

Miraba todo como si estuviera viendo el mundo a través de un cristal roto. Mis manos estaban rojas, y la vida de mi hermanito se estaba derramando en la calle, mezclándose con la tierra como si fuera lluvia.

Esto no podía estar pasando. No podía ser. No a mi hermano.

“Ándale, Huero”, le dije, meciéndolo en mis brazos como cuando él era pequeño. “Ándale”.

Las gentes empezaron a juntarse alrededor de nosotros, pero yo los bloqueé porque Huero se iba a despertar. Él se tenía que despertar.

Le toqué la mejilla. Él todavía estaba tibio, y su piel estaba tan suave como cuando era un bebé. Sin embargo, mis dedos dejaron manchas de sangre en su cara y su cuerpo estaba muy flojo. “Despiértate, hazlo por tu hermano mayor”, yo le decía. “¡Despiértate!”

Una mujer gritó de en medio de la multitud que estaba detrás de mí, y luego oí una voz que dijo:

“¡Llamen a una ambulancia! ¡A ese chico le metieron un balazo!”

Yo no podía hablar ni moverme ni pensar. Me quedé sentado ahí en el suelo abrazando a mi hermanito.

Alguien me puso el brazo en el hombro. Me volví para mirar y era Frankie, sus ojos oscuros y llenos de ira, con el ceño arrugado como un carro abollado.

“Los vamos a encontrar, vatos”,

dijo. “Los vamos a encontrar”. Él me dio una palmada en el hombro y se alejó. Entonces oí las sirenas que se acercaban.

No podía soltar a Huero cuando los paramédicos llegaron. Tuvieron que separarme de él a la fuerza porque yo no iba a abandonar a mi hermanito menor. Pero muy adentro, sabía que él ya se había ido. Y, de cierto modo, también yo.

El que le disparó, hizo un agujero en mi corazón también, un agujero negro del cual, en vez de sangre, se derramaba sólo un deseo de venganza. Y al tiempo que soportaba el viaje al hospital, el llanto y los gritos a viva voz de mi madre, y de ver la sangre de mi hermano escurriéndose por el lavabo cuando me lavé las manos, ese deseo crecía como un tumor.

Eso pasó hace dos meses.